

Luis XIV nos muestran, durante más de medio siglo, el brusco vaivén de esa línea militar de división, primeramente replegándose en puntas agresivas hacia el Norte, curvándose luego defensivamente hacia el Sud.

Al otro lado del macizo de los Ardenes, otra línea de fortificaciones, entre la Alsacia y el Palatinado, marcaba otra frontera artificial, que servía alternativamente para el ataque ó para la defensa, según las vicisitudes de las campañas de guerra y de la diplomacia. Esas obras militares, que se extendían hasta las orillas del Rhin, debían cubrir al Norte la gran llanura de Alsacia, tierra nuevamente adquirida, cuya conservación en el conjunto de las provincias francesas era tanto menos segura cuanto que la población se unía á la Alemania de ultra-Rhin por la lengua, las tradiciones y las costumbres. Sin embargo, esa conquista no fué arrancada á Luis XIV; la Alsacia había de quedar durante dos siglos anexionada á Francia, y hasta unirse sinceramente á ella en un sentimiento de colectividad nacional. La nueva toma por las armas alemanas de la orilla izquierda del Rhin, en 1870, fué en realidad un fenómeno de reacción directa contra la obra de Luis XIV, porque los estragos del Palatinado ordenados por él no fueron jamás olvidados en Alemania y suministraron el texto más frecuentemente comentado por el evangelio de la reivindicación nacional. Entonces, como hacia el final de la guerra de Treinta años, la única estrategia consistía en privar de alimentos al ejército enemigo y á las poblaciones que hubieran podido proporcionárselos. «Comer el país, ó no dejar en él nada comestible, tal era la obra que se procuraba realizar». (Carlyle.)

En su infatuación, el amo infalible, Luis XIV, en guerra con Europa, no temió enviar á sus propios enemigos el refuerzo más precioso, el de sus súbditos protestantes. Nunca fué leal en la aplicación del edicto de Nantes, promulgado por su abuelo: primeramente prohibió toda ceremonia de respeto en los entierros de hugonotes, que en lo sucesivo habían de enterrarse como los de los ajusticiados; después dió una prima infame á la apostasía descargando á los convertidos de las deudas contraídas con sus antiguos correligionarios; luego, sucesivamente, todas las vejaciones y persecuciones, todos los fraudes y violencias fueron declarados legítimos respecto de aquellos

herejes sin derechos: los sacerdotes les atormentaban en su lecho de muerte, se les privaba de sus hijos, se demolían sus templos. Por último, en 1685, Luis XIV, á quien el miedo á la muerte había hecho devoto, se dejó persuadir y dió el gran golpe: revocó el edicto de Nantes bajo la doble influencia de sus confesores jesuítas y de una mujer insinuante y pérfida, madama de Maintenon, interesada en su propia salvación y que quería hacerse perdonar sus orígenes



VALLE DEL JONTE, CERCA DE MEYRUEIS

Cl. J. Kuhn, edit.

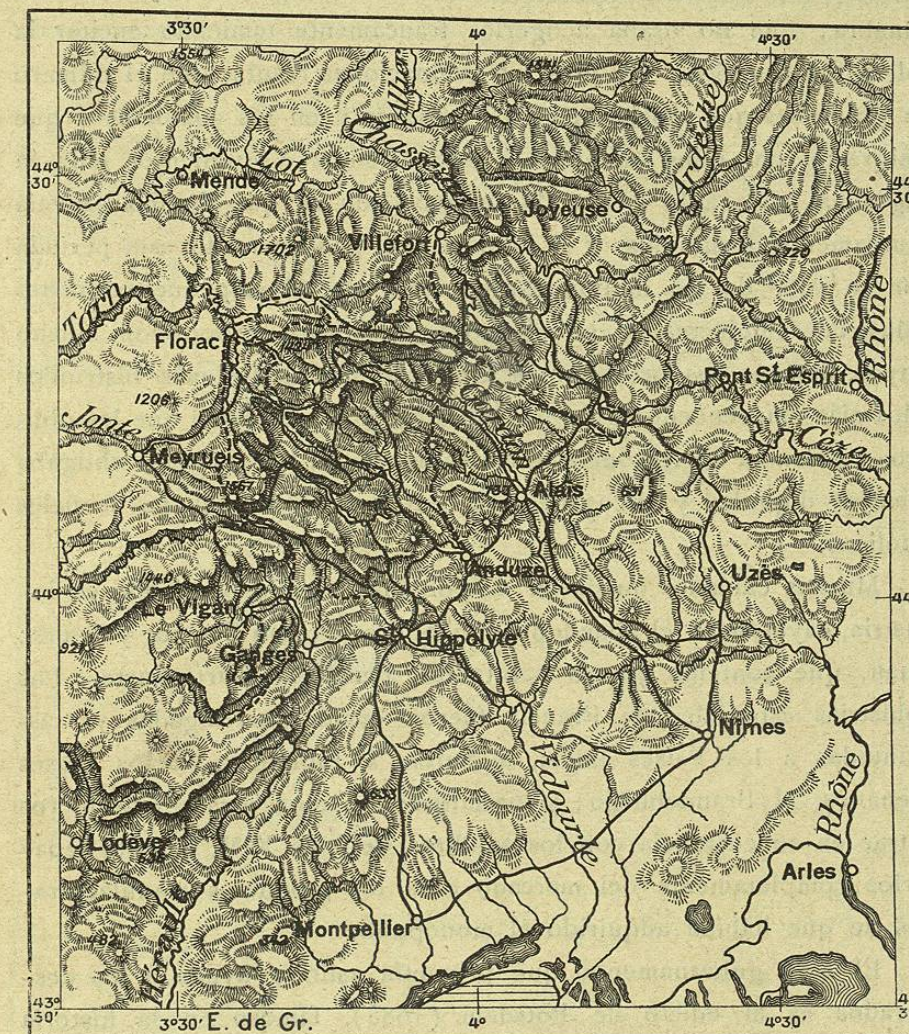
protestantes. Libre de todo compromiso con aquellos Franceses que iban al sermón en vez de ir á misa, Luis XIV castigó desde entonces la herejía como un crimen. Miles y miles de protestantes llegaron á conocer las «galeras» del rey, nombre que hace temblar todavía á los campesinos de Francia en las comarcas apartadas. El palo, el látigo, el cepo, los instrumentos de tortura reinaban en aquellas galeras sobre los desgraciados, cautivos moros ó Franceses culpables, inocentes ó mártires que la desgracia ó la maldad de los hombres habían reunido en ellas. ¿Dónde eran mayores los horrores, en la Mauritania, donde los cautivos cristianos remaban para el dey musul-

mán, ó en los mares del León que recorrían silenciosamente las galeras del gran Rey?

Más dichosos que los cautivos fueron los que sucumbieron como hombres libres. En los valles de los Cevennes, sobre las dos vertientes, los protestantes eran bastante numerosos para constituir una verdadera nación en la nación, que hubiera querido vivir en paz con sus vecinos, pero que tenía el sentimiento de su fuerza y se sentía defendida por sus ásperas rocas sin caminos. Resistió, frecuentemente victoriosa, y fué necesario enviar contra ella verdaderos ejércitos mandados por mariscales de Francia que se habían medido en las guerras extranjeras con los más ilustres capitanes. En todo tiempo, las «expediciones al interior», no sometidas al derecho de gentes, fueron más bárbaras que las campañas dirigidas oficialmente contra los enemigos del exterior, y las «dragonadas» que organizaron los que convirtieron á los habitantes de los Cevennes fueron una de esas horribles empresas militares acompañadas de toda clase de abominaciones.

La guerra propiamente dicha no estalló hasta mucho tiempo después de la revocación oficial, en 1702, y no duró más que dos años y medio, pero tuvo por consecuencia la despoblación casi completa del país. Lo que dió á la bella lucha de los montañeses contra ejércitos enteros un aspecto tan democrático y tan digno, fué que los nobles no tomaron en ella la más mínima parte, como en los levantamientos anteriores de los reformados. Tampoco los pastores participaron en la lucha; se abstuvieron, entristecidos y contrariados, repitiendo sin cesar su cobarde y cómoda fórmula: «Obedeced á los poderosos». Pero los «camisardos», que habían hecho un «pacto con la muerte», no tenían necesidad de señores ni de pastores para resistir victoriosamente en su ciudadela de montañas. Para reducirles por hambre y obligarles á descender á la llanura, donde querían perseguirles como á la caza, fué preciso proceder metódicamente á la demolición de todos los lugares y aldeas del país insurrecto, que quedó completamente arrasado. Desde aquella época, la marca de separación formada por los Cevennes entre la vertiente del Mediterráneo y la cuenca del Loira, entre la Francia del Mediodía y la del Norte, se ha prolongado mucho. La mano de Luis XIV pesa todavía sobre las soledades.

N.º 404. Teatro de la Guerra de los Camisardos.



1 : 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

Los caminos señalados sobre este mapa están copiados de un mapa publicado durante la guerra: «Las Montañas de los Cevennes donde se retiran los fanáticos del Languedoc y las llanuras de las inmediaciones donde hacen sus correrías, con los grandes caminos reales hechos por orden del Rey para hacer practicables esas montañas, bajo los cuidados de M. de Baviile, intendente del Languedoc, dibujados sobre el terreno... 1703».

El intendente del Languedoc hizo devastar 446 lugares y aldeas habitados por 19,500 personas.

Todos los protestantes que pudieron escapar á la persecución aceptaron el asilo ofrecido con un celo á la vez generoso é interesado por Inglaterra, Holanda y varias ciudades ó principados de Alemania,

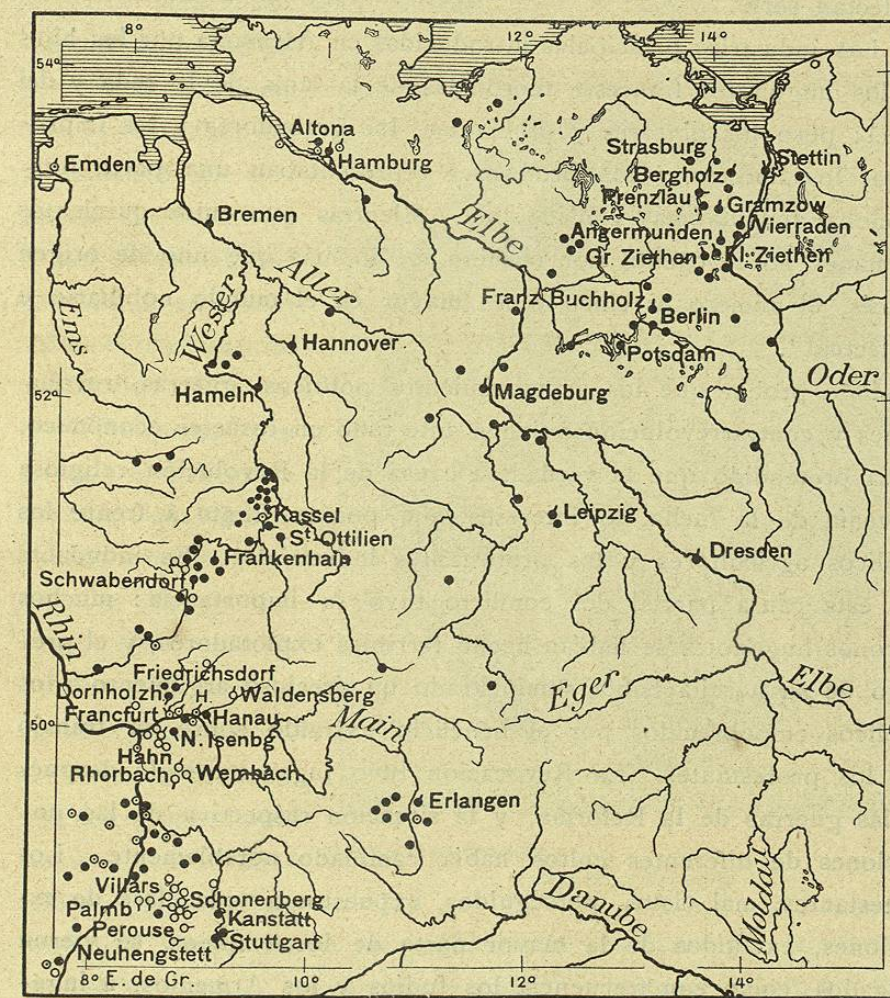
ó bien lograron deslizarse en algunas ciudades del extranjero, como Ginebra, que no osaba acogerlos francamente temiendo excitar la cólera del rey Sol. De diversas evaluaciones resulta que el número de Franceses que murieron en las cárceles y en los combates ó que emigraron del reino se eleva á cuatrocientos ó quinientos mil; la trigésima parte á lo menos de su población de que Francia se veía bruscamente disminuída, y si hubiera sido posible medir esta pérdida por el valor de los individuos, se vería que el empequeñecimiento industrial, intelectual y moral representaba una proporción mucho mayor, porque los protestantes eran con mucho los más instruídos y los más emprendedores de los súbditos, y la necesidad que les obligaba á defender su fe contra la malevolencia de los amos les obligaba á mayor dignidad y circunspección que la del gran rebaño de fieles católicos.

Muchas ciudades quedaron despobladas; otras, perdiendo su industria, cayeron en el abandono y la pobreza, como Saumur y Tours; Ruan, que contenía 80,000 habitantes, perdió la cuarta parte. Las industrias especiales de Francia fueron como desarraigadas y transplantadas á los Países Bajos, á Suiza, á Inglaterra, á los países rhenanos, al Brandeburgo; y permitieron á esos países extranjeros entrar en concurrencia con los súbditos de Luis XIV, ó hasta separarlos completamente del mercado para los productos manufacturados de que habían adquirido el monopolio.

El acto gubernamental que prometía asilo y ayuda á los desterrados es el edicto de Potsdam (1685), famoso en la historia germánica. Quince años después, en 1700, las colonias francesas de Prusia contaban 14,484 habitantes, prescindiendo de los militares que habían entrado en el servicio. Cerca de doscientas de esas colonias se fundaron en el conjunto de Alemania, pero las más débiles no tardaron en desaparecer en el medio ambiente, sobre todo por el efecto de la entrada gradual de los calvinistas en la iglesia luterana: la conciencia de la raza que resistía á la pérdida de la lengua se borraba rápidamente cuando la religión cesaba de diferenciar los fieles. Cierta número de esos grupos se reforzaron después por los emigrados de «Coblentza», algunos de los cuales continuaron residiendo en el país y en él dejaron su descendencia; por último, unos arte-

sanos, entre los cuales figuraban principalmente peluqueros y sastres, tomados frecuentemente como tipos por excelencia del «Francés»,

N.º 405. Colonias de Hugonotes en Alemania.



○ • Valdenses. ○ • Walones. • • Franceses.

Este mapa está á la escala de 1 á 5 000 000

Los puntos jalonados indican colonias que existían todavía en 1902. Están acompañadas de su nombre, excepto Walldorf y Hamburgo, cerca de Francfort, y Untermuschelbach, Corres, Serres, Durrmenz y Pinache, en las inmediaciones de Stuttgart.

se establecieron en las grandes ciudades de Alemania. En todo, se cuentan en nuestros días unos cien mil individuos de genealogía francesa que han conservado su nombre sin traducirlo ni deformarlo, y

hasta se consideran como constituyendo una especie de aristocracia por el hecho de su descendencia, cuya memoria conservan cuidadosamente, hasta los que se han hecho exagerados patriotas alemanes ó afectan serlo.

Las industrias principales introducidas en Alemania por los hijos de los hugonotes franceses fueron las de la lana, de la seda y del papel; pero los pintores y dibujantes, los grabadores y los impresores, los libreros y los profesores representaban una parte proporcional todavía más considerable. Mientras que entre quinientos Alemanes no se cuenta por término medio más que uno de origen francés, el número es cinco veces mayor en el mundo nobiliario é intelectual¹.

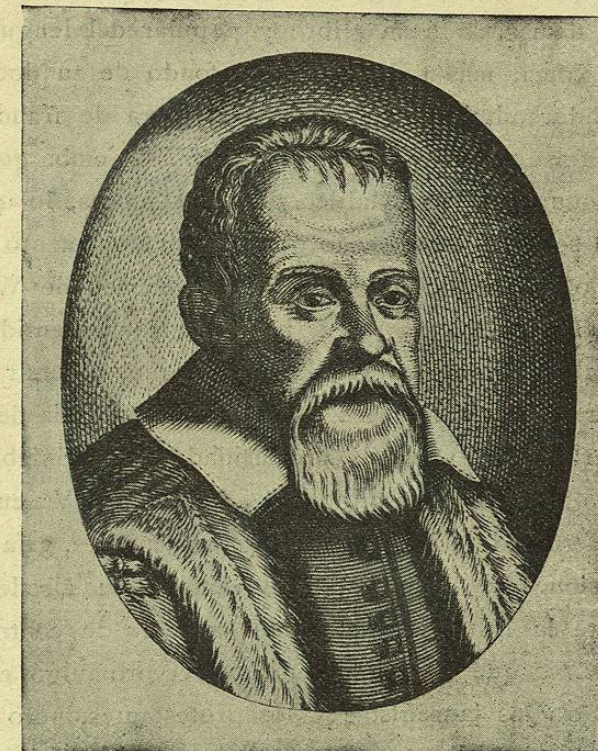
Para probar que los acontecimientos políticos, guerras, revoluciones y contrarrevoluciones tienen ante todo un carácter económico, se ha pretendido que la verdadera causa de la Revolución religiosa provenía de la lucha de intereses que ponían frente á frente los católicos agricultores y los protestantes industriales. Es indudable que esta causa parcial del conflicto tuvo su importancia: muchos patronos hugonotes se habían hecho terribles explotadores, y el pretexto de su herejía había suministrado un precioso argumento á los católicos empobrecidos por el beneficio extraído sobre su trabajo por los protestantes. La Revocación tuvo lugar un siglo después de las guerras de la Reforma, y la situación respectiva de las poblaciones de diferentes cultos había cambiado notablemente. Los protestantes, mal vistos, perseguidos, expuestos á toda clase de extorsiones, excluidos de la mayor parte de los empleos, se vieron obligados, como con frecuencia los Judíos y los Armenios, á ingeniarse para vivir, á desarrollar su iniciativa, á inventar nuevos procedimientos, hasta nuevas industrias, y hallaron, aun en las condiciones de inferioridad á que se les había reducido, los recursos necesarios para conquistar á lo menos una superioridad, la que da el dinero.

Como quiera que sea, las causas económicas fueron ciertamente muy secundarias en el acto de suicidio parcial que cometió Francia privándose de su clase más industriosa. La persecución vino de

¹ Jacques Blainville, *Revue des Revues*, 1.º Febrero 1900.

arriba, de ese mundo devoto de la corte que destila pérfidamente el veneno de la calumnia. De esa misma gente vino también la intolerancia rencorosa contra aquellos católicos á quienes no se podía reprochar más que un rigorismo excesivo en la observancia de su fe. Los jansenistas eran odiados, porque, siendo demasiado fer-

vientes, no podían esperarse de ellos bajas complacencias: no permitían á los elegantes cortesanos ni á las bellas damas transitar á su gusto sobre el «camino de terciopelo». En cuanto á los pensadores libres, su prudencia estaba justificada cuando buscaban un asilo en las provincias de Holanda ó en los cantones suizos. Pedro Bayle, denunciado como blasfemo por los mismos protestantes, tuvo sufrimientos hasta en su



Gabinete de las Estampas.

GALILEO, 1564-1642

destierro, puesto que le fué prohibida la enseñanza por la magistratura de Rotterdam. Descartes comprendió también el peligro que había en permanecer bajo la vigilancia de Richelieu, adversario de las teorías de Copérnico, y se guardó bien de profesar ó de escribir en Francia. Siempre fugitivo, en Alemania, en Holanda, en Suecia, no se apresuró á publicar los manuscritos en que trataba de asuntos peligrosos, especialmente de aquellos que habían causado la sentencia inquisitorial contra Galileo, su gran predecesor en los estudios físicos y mecánicos.

Sabido es que, más de un siglo después del descubrimiento del Nuevo Mundo, el admirable astrónomo y pensador de Italia fué juz-